

La economía del terrorismo

Marisa Regueiro

La masacre del 11-M en Madrid, y la evidencia de un terrorismo que crece y se hace cada vez más fuerte desde el 11-S, han determinado la aparición de multitud de libros, de muy diversa calidad. No es fácil seleccionar a priori el que permita, tras su lectura, desvelar las oscuras telarañas del terror. En este panorama, el trabajo de Napoleoni¹, muy elogiado por la crítica, se ofrece como un estudio sólidamente fundamentado en una abundante documentación, desde una perspectiva que tiene mucho más que aportar de lo que cabría suponerse: la económica. Los fríos datos financieros, presentados con pericia, bien combinados con referencias políticas verdaderamente inquietantes de la historia reciente, con detalles narrativos, se leen con una facilidad que marcha paralela al desconcierto y a las muchas perplejidades que suscitan.

La primera perplejidad: los indicios no atendidos

El recorrido se inicia con la terrible afirmación de Abu Mahaz, extremista palestino, en 1993: *Somos terroristas, sí, somos terroristas porque es nuestra fe*. Es sólo una de las muestras aportadas de que la amenaza que representan los grupos radicales islámicos, son de muy vieja data: eran conocidos por la CIA y por el FBI desde los comienzos de los años noventa, tras el primer atentado al World Trade Center. Lo que extraña y estremece –sensaciones que se agudizan a medida que avanza el re-

¹ NAPOLEONI, L. *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*. Barcelona, 2004, Urano-Tendencias, 462 pp.

lato— es que se ignoraron indicios, se cerraron inexplicablemente investigaciones que podrían, tal vez, haber evitado los miles de muertes que hoy suma ya el terrorismo.

Los signos de alarma fueron desatendidos con argumentos como el de que la violencia política era un delito nacional pero no tan grave como para que se tomaran medidas especiales. En 1996, la CIA supo, por testimonios de más de un detenido, que la vasta red de Bin Laden, Al Qaeda, pretendía atacar Estados Unidos, adquirir uranio y atentar contra sus embajadas; pero no fue incluida en la lista de organizaciones terroristas extranjeras. En 1998 las embajadas de Kenia y Tanzania sufrieron un atentado simultáneo, llegaron luego los ataques a intereses americanos en Sri Lanka, Uganda, Israel, Sudáfrica. Hubo una intencionalidad tan solapada como frustrada de asesinar a Bin Laden, bajo el mandato de Clinton; pero no se atacó el problema desde su base, e incluso no se cambió de actitud a pesar de que se frustró en 1995 la conspiración Bojinka, un plan que pretendía hacer explotar simultáneamente varios aviones Jumbo, provocar una masacre y asesinar al Papa Juan Pablo II durante su visita a Filipinas (p. 47).

Tras estos y otros muchos indi-

cios, se llega a la conclusión de que los atentados del 11 de septiembre fueron mucho más que un error del servicio de inteligencia.

**La segunda perplejidad:
un largo proceso de gestación,
con extrañas alianzas**

Como viene a demostrarse aquí, muchos de los interrogantes sin aparente respuesta cobran otra dimensión si atendemos a la evolución de las relaciones de Estados Unidos con los países árabes, a la economía mundial y a la nueva Economía del Terror. La Yihad actual supone «un choque entre dos sistemas económicos».

Al seguir el rastro de la economía de los grupos armados, se descubre la complejidad de las fuerzas reales que alimentan el terrorismo islamista, sobre todo tras la caída de la Unión Soviética: *La colonización financiera islámica de los antiguos miembros del sistema soviético mediante la alianza de esas entidades financieras y comerciales con el wahabismo, la más estricta de las interpretaciones religiosas del islam* (p. 339). Pero las economías occidentales también están involucradas: *reciclan* la mayor parte del dinero generado por la economía ilegal del mundo, estimado en unos 1,5 billones de dólares anuales (p. 339). Esta nueva economía del te-

ror en crecimiento, que duplica el PNB del Reino Unido, triplica el total del líquido en circulación de la moneda estadounidense.

La actual *yihad* se ha ido gestando en el marco de distintos procesos: las guerras por poderes del período de la Guerra Fría, el patrocinio de grupos armados desde el extranjero, la privatización del terror, el nacimiento de los Estados *embrión*. La *Yihad* moderna ya cuenta con múltiples actividades legales, hasta con monopolios, como por ejemplo, el de la producción y comercialización de la goma arábiga, fundamental para infinidad de productos occidentales: el propio Bin Laden es uno de sus máximos propietarios.

Para entender este largo proceso, los primeros siete capítulos se remontan a las viejas tácticas de terror que las potencias occidentales emplearon tras la II Guerra Mundial para contener la expansión soviética. En Vietnam, Laos, Camboya, Indochina, la doctrina de la contrainsurgencia legitimó de hecho el terrorismo apadrinado por el Estado, con el apoyo financiero de un poder colonial en la guerra de guerrillas como un medio para luchar contra la insurrección, la disidencia y la subversión (p. 55).

En 1961 se creó un grupo especial secreto para la Cuba marxista, *Mongoose*; y cuando en 1963 Kennedy fue asesinado, otros grupos similares operaban en África, Asia y América Latina. Por su parte, los soviéticos, para incrementar su influencia en Oriente Próximo, invadieron Afganistán, entrenaron a estudiantes extranjeros del

se ignoraron indicios,

se cerraron

inexplicablemente

investigaciones que

podrían haber evitado

miles de muertes

Instituto Lenin, de la Universidad Patrice Lumumba, en técnicas de guerra psicológica, manejo de armas, guerra de guerrillas, y manipulación de medios de comunicación.

En la Guerra Fría, Estados Unidos y la URSS llevaron a cabo una guerra por poderes. Tras la primera crisis del petróleo y el reciclaje de petrodólares, los líderes árabes se permitieron financiar grupos armados, Gadaffi entre ellos, alimentaron a la OLP, al IRA, al Movimiento de Liberación Angoleño, al ANC de Sudáfrica o al KANAK de Nueva Caledonia, y

llegó a premiar las operaciones de más impacto, como el Septiembre Negro. El derrumbe de la Unión Soviética puso punto final a la Guerra Fría pero no al terrorismo patrocinado por el Estado: en 1980, Estados Unidos proporcionó armas a Turquía para aplastar la insurrección kurda; el legado del mismo patrocinio supuso la desestabilización de regiones enteras y de sus respectivas economías, con la consiguiente proliferación de grupos armados y la aparición de microeconomías regidas por el terror.

En los ochenta, ciertas áreas de El Salvador, Nicaragua, Honduras, Colombia y Perú cayeron en manos de las guerrillas, que se alimentaron con el tráfico de drogas, y extendieron sus redes de secuestros, de venta de armas, de contrabando. Los secuestros y la extorsión comenzaron a dar pingües beneficios a quienes privatizaron el terror. Emplearon estas estrategias tanto Al Fatah, el grupo que controlaba la OLP, como ETA. La alianza entre el terrorismo y la droga es en la actualidad una de sus fuentes más «beneficiosas», para la OLP, tanto como para las FARC colombianas.

La creación de *Estados embrión o caparazón*, de naturaleza depredadora y explotadora, en donde rei-

na la corrupción merced a la debilidad del imperio de la ley, son el objetivo cumplido de muchos grupos armados: OLP, Falange Cristiana, Hamás, FARC, Sendero Luminoso.

La consolidación de las economías del terror determinó asociaciones en el tráfico de armas y en el contrabando, en empresas conjuntas; y la ampliación hacia actividades legales. La OLP, por ejemplo, controlaba muchas de las rutas principales de la droga, aunque también invertía en negocios legales que la convirtieron en un gigante financiero, hasta constituir el Estado embrión palestino, que ya no necesitó de sus primeros patrocinadores árabes.

Cuando los soviéticos luchaban en Afganistán, Estados Unidos aceptó de buen grado que los muyahidines, un ejército musulmán multiétnico, pasaran de contrabando de mercancías libres y traficaran con droga, y hasta contribuyeron a financiar la yihad antisoviética, junto con Arabia Saudí, cada uno con su propia motivación. *Los saudíes, motivados por un colonialismo religioso; los norteamericanos por la venganza más cruda* (p. 163). Pero estos apoyos desestabilizaron la región, pusieron los cimientos de la alianza de Estados Unidos con la corrupta dictadura de Pakistán, e

hicieron que el *lobby* norteamericano del petróleo buscara alianzas con los capitales árabes y con las oligarquías regionales en pos de lucrativos negocios y subestimara las consecuencias del desmantelamiento del poder soviético.

El vacío de poder dejado por la desaparición de la URSS, la corrupción, la explotación y la pobreza hicieron de Asia Central un vivero del terror islámico donde los grupos islamistas aparecían como la única oposición política y la economía de guerra que generaron fue la fuente de sustento de la población. Las guerrillas del IMU (Movimiento Islámico de Uzbekistán), por ejemplo, fueron integrando en sus economías amplias regiones «liberadas» y reclutando más adeptos. En Chechenia y en Cachemira se reprodujeron las alianzas que habían dado sus frutos en la yihad afgana; y Bin Laden contribuyó con más de 25 millones de dólares a la lucha. La rebelión islamista se extendió a Ingusetia, Dagestán y Osetia del Norte, en un principio financiada por Arabia Saudí, Líbano e Irán, hasta que los mismos grupos armados se aprovecharon de la economía de guerra del Cáucaso. Y en la segunda mitad de los 90, la insurgencia islamista llegó a los Balcanes, a los mismos umbrales de Europa.

La tercera perplejidad: la pujante nueva economía del terror

En 1996, Osama Bin Laden lanzó un llamamiento a las armas a to-

en la Guerra Fría, Estados Unidos y la URSS llevaron a cabo una guerra por poderes

dos los musulmanes, recordando, con su retórica exaltada, estos y otros episodios; exhortando a la recuperación de Jerusalén, invocando la suerte de los palestinos, y asegurando que los mártires de la nueva yihad entrarían en el Paraíso. Pero, como interpreta certeramente la autora, *los motivos reales del violento choque entre Oriente y Occidente están profundamente enraizados en un complejo de relaciones económicas de dependencia. En la actualidad el conflicto es entre el gran capital de Occidente y sus aliados oligárquicos de Oriente, por un lado, y las masas de Oriente y una clase emergente de mercaderes y banqueros, por otro* (p. 189).

La riqueza acumulada por el reciclaje de los petrodólares se invirtió más en Occidente, con la consiguiente salida de divisas, el incremento de la pobreza de las poblaciones; y la limitación a las

posibilidades de expansión de estos mercaderes. Las instituciones financieras islámicas fueron ganando terreno en los países que habían pertenecido a la esfera de la URSS; y financiaron también el adoctrinamiento religioso de niños y jóvenes.

En 1998 surgió la Liga Mundial Islámica para la *Yihad contra los Judíos y los Cruzados*, con la inte-

*Estados Unidos aceptó de
buen grado que los
mujahidines afganos
traficaran con droga para
financiar su lucha contra la
URSS*

gración del grupo terrorista del egipcio Ayman al Zawahiri en la red de Bin Laden, y el propósito de internacionalizar la yihad. La sociedad de la información facilitó el resto para que se diera el nuevo fenómeno de la **globalización de la economía del terror**. Albania y Kosovo fueron las bases escogidas por Bin Laden y los guardianes de la revolución iraní para la colonización económica y como centro de operaciones para futuros atentados en Europa. Con la quiebra económica albanesa, los bancos musulmanes invirtieron en organizaciones humanita-

rias, infraestructura y una red de islamistas exportadores y comerciales. Colonización económica islamista que también se convirtió en objetivo en Indonesia, Kuwait... Durante el primer semestre de 2002, por ejemplo, el comercio entre Indonesia y nueve países árabes aumentó hasta los 1.950 millones de dólares.

La colonización económica tiene un sostén especial, el régimen saudí, a través del Islamic Bank for Development, la entidad bancaria más importante de Arabia Saudí, y del Dar Al Maal Al Islami junto al Dalah Aal Baraka, de la familia del rey, con una amplia red de sucursales en Oriente Próximo, en África y en Asia. Pero los préstamos dependen de la estricta observancia de las leyes islámicas, según la interpretación más radical del *wahabismo*. Uno de los pilares sobre el que descansa el poder de la familia real es el compromiso de *propagación del wahabismo islámico en Arabia Saudí y en todo el mundo*, desde 1930, cuando la casa de los Saud consiguió establecer su monarquía gracias a su alianza con los líderes religiosos. Cuando el rey permitió que tropas estadounidenses estuvieran destacadas en suelo árabe, Bin Laden denunció su traición al *wahabismo* y, según la autora, decidió el 11-S.

El pago de la *zakat*, la limosna religiosa exigida a los musulmanes en cada uno de los contratos o transacciones, un 2 % de la riqueza personal, es otra de las muchas estratagemas con las que se financia a los grupos terroristas. (p. 218). *Los bancos islámicos han funcionado a modo de cordón umbilical para la insurgencia islamista.* Otra fuente de financiación multimillonaria del terrorismo islámico es el de las organizaciones benéficas, cuyas cuentas nadie puede auditar. Y el *hawala*, el sistema de envío de dinero o de oro sin registro alguno de identidades, ni medio de detectarlo. Todo este movimiento económico está regido por el Consejo de la *sharia*.

Otra fuente nada desdeñable de financiación del terrorismo es la que proporciona la tupida red de las mezquitas de todo el mundo, desde la que se recogen aportaciones que van supuestamente dirigidas a ayudar a los musulmanes necesitados, financian *madaris*, escuelas religiosas en las que los niños estudian el Corán y son adoc-trinados, reclutados y señalados como posibles mártires, tanto en Oriente como en Occidente.

Hamás es el grupo más activo en la captación de hombres-bomba

suicidas, a los que identifica desde su más temprana edad, desde 2001, año en el que la asociación de eruditos religiosos palestinos dio anuencia al martirio. En los últimos años, se calcula que las mezquitas y los campus universitarios del Reino Unido reclutan anualmente unos 18.000 musulmanes destinados a prestar servicio militar en cualquier país donde haya grupos islamistas armados en combate.

Otro dato a tener en cuenta: el mensaje llega a una población de crecimiento demográfico excepcional, con un grave aumento del desempleo. *El Islam es la religión que más crece en el mundo: a mediados de la década de 1990, el crecimiento demográfico anual de la comunidad musulmana fue de un 6,40% frente al módico 2,46 registrado por la comunidad cristiana.* (p. 232) El objetivo a largo plazo del wahabismo, expresado por Naman-giani, que fomentó la rebelión de Uzbekistán, por Bin Laden y por Isamunddín, líder de la Yihad Islámica indonesia que organizó el atentado de Bali, en 2002, es *conducir a los países musulmanes hasta los verdaderos orígenes del Islam, esto es, hasta la época de los califas sucesores de Mahoma, que gobernaron el mundo islámico desde el siglo VII hasta el XIII* (p. 232).

**La cuarta perplejidad:
el poderío económico de
Al Qaeda y Bin Laden**

A lo largo de nuestra lectura, la figura de Bin Laden aparece una y otra vez, como el exponente de esa clase de musulmanes que persiguen la colonización económica y religiosa fundamentalista transnacional. En una entrevista realizada en 1996, Bin Laden admitió que su sistema económico de financiación se extendía por 13 países, incluidas Holanda, Gran Bretaña o Rusia. La familia de Ben Laden es accionista mayoritario de una de las filiales del DMI, en Sudán, y opera con los tres bancos saudíes. Los negocios legales del terror son muchos, y en ellos participa activamente Bin Laden. La lista de actividades y la complejidad y sofisticación de sus redes financieras es ingente: el negocio de la miel, en Sudán, que se presta muy bien para esconder drogas y armas; empresas constructoras sudanesas; un criadero de avestruces y embarcaciones de pesca en Kenia; grandes extensiones forestales en Turquía; fincas agrícolas de Tayikistán; inversiones inmobiliarias por todo el mundo, incluidos Londres, París, la Riviera Francesa; industrias madereras en Noruega, empresas de equipamiento médico en Suecia, Egipto, Jordania, Irak, etc., etc.

Pero no sólo nos sume en la perplejidad este despliegue, sino la capacidad de generar dividendos y beneficios mediante la administración del terror. En vísperas del 11 de septiembre, se detectó un inusual volumen de transacciones en determinados sectores, como los del transporte aéreo, energía y seguros, y se convirtieron 10 millones de dólares en piedras preciosas, de todo lo cual se beneficiaron precisamente quienes generaron el terror:

Bin Laden amasó una fortuna a través de bancos corresponsales, empresas pantallas y un entramado de cuentas bancarias distribuidas por todo el mundo. *Cuando atentó contra uno de los símbolos del capitalismo occidental, Osama Bin Laden quizá tramó la operación de uso de información privilegiada más grande jamás realizada* (p. 281).

Este enorme poder económico ha alimentado en pocos años la moderna yihad del terror, a partir de la inicial lista *Al Qaeda, La base o La lista*, de 1988, de los combatientes que pasaban por los albergues en los comienzos de la yihad anti-soviética. El objetivo primordial no parece ser inicialmente, según la autora, Occidente, sino los regímenes pro-occidentales de los países musulmanes (p. 258). Pero la violenta oposición contra la cultura occidental que hoy sufrimos

deriva de las alianzas que los gobiernos occidentales han contraído con los regímenes oligárquicos musulmanes, que explotan a las masas, como Arabia Saudí, Azerbaiyán, Pakistán: *Llevar la conflagración a Occidente, es la conditio sine qua non para el derrocamiento de esas oligarquías, proceso que a su vez debe allanar el camino al establecimiento de Estados islamistas* (p. 259). La yihad moderna, un compuesto de ideología revolucionaria islamista, búsqueda de la identidad musulmana y aspiraciones socioeconómicas, alimenta la red de la economía del terror, expansionista y ecuménica, creada por la lucha de grupos armados para alcanzar la autosuficiencia, con tráfico de drogas, asociación con la delincuencia organizada, blanqueo de dinero, etc. Se dirige contra el Estado de Israel, contra el imperialismo de Estados Unidos y los demás aliados occidentales, con una meta del fundamentalismo: la creación de un califato islamista global. Como dice Huntington, el objetivo último de Bin Laden no es otro que el estalle del conflicto violento entre civilizaciones, entre el Islam y Occidente.

Otras perplejidades y misterios

La balanza de pagos del terror incluye muchos más rubros, cuida-

dosamente detallados por la autora: organizaciones benéficas, ayudas extranjeras encubiertas y legales con transferencia de activos; imposición de tipos de cambio que sobrevaloran la moneda nacional, como sucedió en Sudán y Somalia; secuestros de extranjeros; tramas de estafa mediante tarjetas de crédito y de identidad, planificadas por miembros de la

en la actualidad el conflicto es entre el gran capital de Occidente y sus aliados oligárquicos de Oriente, por un lado, y las masas de Oriente y una clase emergente de mercaderes y banqueros, por otro

delincuencia organizada y de organizaciones armadas; contrabando de petróleo, diamantes, cigarrillos y bebidas alcohólicas, con zonas tan activas como la llamada Triple Frontera entre Brasil, Paraguay y Argentina, cerca de las cataratas del Iguazú, etc., etc.

Pero hay otros muchos misterios no resueltos: la vinculación de miembros del actual equipo de Bush en las empresas encargadas de construir oleoductos en Asia Central, la participación de la fa-

milia de Bin Laden en el consorcio CentGas, el inexplicable silencio en torno a las investigaciones sobre la WAMY (World Assembly of Muslim Youth) sospechosa de estar relacionada con grupos terroristas y en la que formaban parte activa los hermanos Bin y Omar Laden; la devolución de los miembros de la misma familia a Arabia Saudí desde Estados Unidos tras el 11-S...

Demasiados agujeros negros en la investigación de la génesis de este estado del terror en el que nos encontramos inmersos. No estamos en condiciones de desvelarlos, como advierte la autora; pero no por ello debemos dejar de indagar, tras los espesos mantos del discurso político, acerca de los intereses que mueven la trama del terror.

El primer paso sería, según la autora, *identificar los canales de interacción con las economías de Occidente, e ir cerrándolos progresivamente, interrumpir sus métodos de integración en el mercado libre y en el mundo del capitalismo...*

La conclusión supone que, para conjurar la amenaza, global, difusa y dañina del terrorismo, es necesario un cambio de actitud: *En la medida en que permitamos que alguien entre en un banco de Florida con un maletín lleno de dinero y lo deposite allí sin que nadie le pregunte por su origen, en la medida en que nos obstinemos en vivir y trasladarnos de un sitio a otro de tal manera que crezca nuestra dependencia del petróleo extranjero, en la medida en que invirtamos en empresas que se injieren en la política de Estados independientes y obtienen beneficios sin tener en cuenta el coste humano, estamos labrando nuestra propia destrucción* (p. 340).

En síntesis, analizar, indagar para comprender, aunque sólo sea parcialmente, para intentar salir de la maraña de perplejidades. En conjunto, una obra de obligada lectura, sobre esta amenaza que nos compromete a todos. Interesante también el cuadro descriptivo de grupos terroristas que se añade al texto. ■